alas. No caía, volaba. Y voló así toda la noche. Apenas apuntaba el día, la mano invisible que lo llevaba lo depuso en una playa solitaria, á la orilla del mar.

VI

DONDE SE VE QUE EL MISMO DIABLO HACE MAL EN SER GOLOSO

Por aquel entonces le había ocurrido al diablo una desagradable y singular aventura. El diablo acostumbra á llevarse las almas que le pertenecen en una banasta, tal como puede verse en la portada de la catedral de Friburgo, en Suiza, donde está representado con una cabeza de puerco sobre los hombros, un garfio en la mano y una banasta de trapero á la espalda; pues el demonio encuentra y recoge las almas de los malos entre los montones de basuras que el género humano depone en el rincón de todas las grandes verdades terrestres ó divinas. El diablo no acostumbraba á cerrar la banasta, lo que hacía que se escaparan muchas almas, gracias á la celeste malignidad de los ángeles. El diablo se apercibió y puso una buena tapa á la banasta, cerrándola con un buen candado. Pero las almas, que son muy sutiles, poco caso hicieron de la tapa, pues ayudadas por los sonrosados dedos de los querubines, hallaron aún medio de escapar por los mimbres de la banasta. Visto lo cual, despechado el diablo, mató un dromedario, y con la piel de la jiba se hizo un odre que supo cerrar maravillosamente con la asistencia del demonio Hermes, y de la que estaba más contento cuando estaba llena de almas que un estudiante con una bolsa llena de cequíes de oro. Ordinariamente es en el alto Egipto,

en las orillas del mar Rojo, donde el diablo, después de haber dado la vuelta al país de los paganos y descreídos, llena su odre. El lugar es muy desierto; es una playa de arena inmediata á un bosquecillo de palmeras que está situada entre Coma, en donde nació san Antonio, y Chima, en donde murió san Sisoes.

Un día, pues, que el diablo había hecho mejor caza que de ordinario, estaba llenando gozosamente su odre, cuando, volviéndose por casualidad, vió á algunos pasos á un ángel que le miraba sonriendo. El diablo encogió los hombros y siguió metiendo en el saco las almas que tenía, sin examinarlas gran cosa, os lo juro; pues todo es bueno para su caldera. Cuando hubo terminado, empuñó el odre con una mano para cargárselo á la espalda; pero le fué imposible levantarlo del suelo, tantas eran las almas que había metido y tantas las iniquidades de que estaban llenas, haciéndolas macizas y pesadas. Entonces asió aquel morral del infierno con ambas manos; pero el segundo esfuerzo fué tan inútil como el primero; el odre no se movió ni más ni menos que si fuera la punta de una roca que sobresaliere del suelo.

—¡Oh, qué almas de plomo!, dijo el diablo.

Y empezó á soltar ternos. Al volverse, vió al ángel que le miraba riendo.

—¿Qué haces ahí?, gritó el demonio.

—Ya lo ves, dijo el ángel, antes sonreía y ahora me río.

—¡Oh, celeste volátil! ¡Gran inocente, márchate de ahí!, replicó Asmodeo.

Pero el ángel se puso severo, y le habló así:

—Dragón, oye las palabras que te digo de parte de aquel que es el Señor: tú no podrás llevarte esta carga de almas á la Jehenna, en tanto que un santo del paraíso ó un cristiano llovido del cielo no te haya ayu-

dado á levantarla del suelo y á ponértela en los hombros.

Dicho esto, el ángel tendió sus alas de águila y voló.

El diablo se quedó perplejo.

—¿Qué querrá decir ese imbécil?, murmuraba entre dientes. ¿Un santo del paraíso, ó un cristiano llovido del cielo? ¡Ya puedo esperar sentado si debo permanecer aquí hasta que me llegue semejante asistencia! ¿Por qué diantres he rellenado tanto este saco? ¡Y ese imbécil, que no es ni hombre ni pájaro, se burlaba de mí! ¡Vamos! Cátate ahora esperando al santo que venga del paraíso, ó al cristiano que llueva del cielo. ¡Vaya un caso estúpido! ¡Hay que convenir en que allá arriba se divierten con bien poca cosa!

Mientras estaba hablando consigo mismo, los habitantes de Coma y de Chima creían oir el trueno retumbando en el horizonte. Era el diablo que refunfuñaba.

Para un carretero encallado, el jurar ya es algo; pero salir del atolladero es aún mejor. El pobre diablo se quebraba los sesos y meditaba. El que perdió á Eva es un perillán muy astuto. Entra por todas partes. Cuando quiere, lo mismo que se desliza en el amor, se desliza en el paraíso. Ha conservado algunas relaciones con san Cipriano el Mago, y sabe en ocasiones hacerse bien ver de otros santos, ora prestándoles pequeños y misteriosos servicios, ora diciéndoles cosas agradables. Sabe ese gran sabio la conversación que place á cada uno. Y los toma por su flaco. Lleva á san Roberto de York panecillos de avena con manteca. Trata de orfebrería con san Eloy y de cocina con san Teodoro. Habla al santo obispo Germán del rey Childeberto, al santo abad Wandrilio del rey Dagoberto, y al santo eunuco Usthazade del rey Sapor. Habla á san Lobo de su mujer Pimeniola, y no habla á san Gomer

de su mujer Gwinmaria. Pues el diablo es el gran lisonjero. Corazón de hiel, boca de miel.

Casualmente cuatro santos, que son conocidos por su estrecha amistad, san Nilo el Solitario, san Altremonio, san Juan el Enano y san Medardo, fueron aquel día á pasearse por las orillas del mar Rojo. Cuando llegaban, conversando, junto al bosque de palmeras, el diablo los vió venir hacia él antes de que fuera visto por aquéllos. Y tomó incontinenti la forma de un pobrecito y fatigado anciano y empezó á exhalar lamentables ayes. Los santos se aproximaron.

—¿Qué ocurre?, preguntó san Nilo.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Mis buenos señores, exclamó el diablo, ayudadme, os lo suplico! Tengo un amo muy malo; yo soy un pobre esclavo, y mi amo, que es muy malo, es un mercader del país de Fez. Ya sabéis que todos los de Fez, los moros, númidas, garamantes, y todos los habitantes de la Berbería, de la Nubia y del Egipto, son malos, perversos, sujetos á las mujeres y á las cópulas ilícitas, temerarios, atrevidos é implacables ladrones á causa del planeta Marte. Además, mi amo es un hombre á quien atormentan la bilis negra, la bilis amarilla y la pituita de Cicerón; de ahí una tristeza fría y seca que le vuelve tímido, poco animoso, lo que no impide que tenga muy malas intenciones. Lo cual recae sobre nosotros, pobres esclavos, sobre mí, pobre viejo.

—¿A dónde vais á parar, amigo?, dijo san Altremonio.

—A esto, mi buen señor, respondió el diablo. Mi amo es un gran viajero. Y tiene manías. En todos los países por donde va, tiene el gusto de erigir en su jardín una montaña de arena, que recoge de las playas de los mares, junto á los cuales se establece aquel mal hombre. En la Celandia ha edificado un montón de arena fangosa y negra; en la Frisia, un montón de

gruesa arena mezclada con mariscos encarnados, entre los que se encuentra el cono, manchado con rayas negras; y en el Chersoneso címbrico, que hoy llaman la Jutlandia, un montón de arena fina mezclada con esos mariscos blancos, entre los cuales no es raro encontrar la almeja-sol-naciente...

—¡Que el diablo te lleve!, interrumpió san Nilo, que es de un natural impaciente. Vayamos al hecho. Llevamos ya un cuarto de hora perdido oyendo tus patrañas. Y cuento los minutos.

El diablo se inclinó humildemente.

—¿Contáis los minutos, monseñor? Es una noble distracción. Vos debéis ser del Mediodía; pues los del Mediodía son ingeniosos y aficionados á las matemáticas, pues se hallan más cercanos que los demás hombres al círculo de las estrellas errantes.

Luego, de pronto, rompiendo en sollozos y golpeándose el pecho con el puño:

—¡Ay! ¡Ay! Mis buenos príncipes, tengo un amo muy cruel. Para construir su montaña me obliga á venir todos los días, á pesar de ser tan viejo, á llenar este odre de arena á la orilla del mar. Y tengo que llevarla sobre mis hombros. Así que he hecho un viaje, vuelvo á empezar; y esto dura desde el alba al anochecer. Si quiero descansar, si quiero dormir, si sucumbo á la fatiga, si el odre no está bien lleno, me manda azotar. ¡Ay! Cuán miserable soy, y apaleado y lleno de achaques. Ayer, había hecho seis viajes durante el día; al llegar la noche estaba tan cansado, que no pude levantar sobre mis hombros este odre que acababa de llenar; y he pasado aquí toda la noche, llorando al lado de mi carga y temeroso de la cólera de mi amo. Señores, mis buenos señores, por favor y por piedad, ayudadme á poner este peso sobre mis espaldas, para que pueda volver á casa de mi amo, pues si tardo me matará. ¡Ay! ¡Ay!

Al oir aquella patética arenga, san Nilo, san Altremonio y san Juan el Enano sintiéronse conmovidos, y san Medardo rompió á llorar, lo que causó en la tierra una lluvia de cuarenta días.

Pero san Nilo dijo al demonio:—No puedo ayudarte, amigo mío, y lo siento; pero sería preciso poner la mano en este odre, que es una cosa muerta, y un versículo de la Santa Escritura prohibe tocar las cosas muertas, bajo pena de quedar impuro.

San Altremonio dijo al diablo:—Yo no puedo ayudarte, amigo mío, y lo siento; pero considera que esto sería una buena acción, y como las buenas acciones tienen el inconveniente de envanecer al que las hace, me abstengo para conservar la humildad.

San Juan el Enano dijo al demonio:—Yo no puedo ayudarte, amigo, y me pesa; pero, como ya ves, soy pequeño, y no podría llegar á tu talle. ¿Cómo podría colocarte la carga sobre los hombros?

San Medardo, llorando copiosamente, dijo al demonio:—Yo no puedo ayudarte, amigo, y me sabe mal; pero estoy tan verdaderamente conmovido, que estoy sin fuerza en los brazos.

Y prosiguieron su camino.

El diablo, rabioso:—¡Qué animales!, exclamó mirando como se alejaban los santos. ¡Qué viejos pedantes! ¡Si serán absurdos á pesar de sus barbas! ¡Palabra de honor, son aún más imbéciles que el ángel!

Cuando uno de nosotros rabia, le queda al menos el recurso de enviar al diablo al que le irrita. El diablo no tiene siquiera este consuelo. Por eso en sus cóleras siente una punta que le penetra en su interior y le exaspera.

En tanto blasfemaba, clavando sus ojos llenos de fuego y de ira en el cielo, su enemigo, divisa entre las nubes un punto negro. El punto va engrosando, el

punto se aproxima; el diablo observa; era un hombre —un caballero armado de casco y coraza, un cristiano que ostentaba la cruz roja en el pecho—que llovía de las nubes.

—¡Loado no importa quién!, exclamó el demonio saltando de contento. Estoy salvado. ¡Ese es el cristiano que necesito! No he podido persuadir á cuatro santos, pero no me llamo diablo si no puedo convencer á un hombre.

En aquel momento Pecopin, blandamente depuesto en la playa, ponía pie en tierra.

Divisando al anciano, el cual permanecía como un esclavo que descansa al lado de su carga, se dirigió á él y le dijo:

—¿Quién sois, amigo, y en dónde estoy?

El diablo empezó á gemir lastimosamente.

—Estáis en la orilla del mar Rojo, monseñor, y yo soy el más infeliz de los desdichados.

Dicho lo cual, cantó al caballero la misma antífona que á los santos, suplicándole en conclusión que le ayudara á cargar el odre sobre sus hombros.

Pecopin meneó la cabeza:—Buen hombre, la historia me parece muy inverosímil.

—Mi gallardo señor que llovéis del cielo, respondió el diablo, la vuestra no lo es menos, y, sin embargo, es cierta.

—Es verdad, dijo Pecopin.

—Y después, prosiguió el demonio, ¿qué queréis que le haga? ¿Si mis desdichas no presentan buena apariencia, es acaso culpa mía? Yo no soy más que un pobre de zurrón y de espíritu; no sé inventar; he de componer mis lamentos con mis aventuras y no puedo poner en mi historia más que la verdad. A tal carne, tal sopa.

—Convengo en ello, dijo Pecopin.

—Y en fin, siguió diciendo el diablo, ¿qué mal

puede haceros á vos, mi gallardo joven, el ayudar á un pobre viejo achacoso á cargar este odre sobre sus hombros?

Esto le pareció concluyente á Pecopin. Se bajó, levantó del suelo el odre, que se dejó levantar sin dificultad, y, sosteniéndolo con ambas manos, se dispuso á colocarlo en las espaldas del anciano, que se había encorvado ante él.

Un momento más y el golpe estaba dado.

El diablo tiene vicios; esto es lo que le pierde. Es goloso. En aquel preciso momento se le ocurrió la idea de reunir el alma de Pecopin con las demás que iba á llevarse; pero para ello era preciso antes matar á Pecopin.

Empezó, pues, á llamar en voz baja á un espíritu invisible, al que mandó alguna cosa con palabras obscuras.

Todo el mundo sabe que cuando el diablo dialoga y conversa con otros demonios, habla en una jerga mitad italiano y mitad español. Dice también de vez en cuando algunas palabras latinas.

Esto ha sido comprobado y claramente establecido en varias ocasiones, y en particular en el proceso del doctor Eugenio Torralva, el cual dió principio en Valladolid el 10 de enero de 1526, y quedó convenientemente terminado el 6 de mayo de 1531 con el auto de fe de dicho doctor.

Pecopin sabía muchas cosas. Era, según os he dicho, un caballero de ingenio y hombre capaz de sostener dignamente una disputa teológica. Era hombre de letras. Y conocía la lengua del diablo.

Ahora bien: en el instante mismo que iba á ponerle el odre sobre las espaldas, oyó al viejecito encorvado que decía en voz baja: *Vamos, non cierra occhi, verbera, frappa,* y *echa la piedra*. Para Pecopin esto fué un relámpago.

Ocurrióle una sospecha. Levantó los ojos, y vió á gran altura encima de él una enorme piedra que algún invisible gigante tenía suspendida sobre su cabeza.

Echarse atrás, tocar con la mano izquierda el talismán, asir con la derecha el puñal y rasgar el odre con violencia y rapidez formidables, tal hizo Pecopin, como si hubiese sido el torbellino que, en un solo segundo, pasa, vuela, gira, brilla, retumba y fulmina.

El diablo exhaló un aullido. Las almas libertadas se escaparon por el agujero que el puñal de Pecopin acababa de abrir, dejando en el odre sus negruras, sus crímenes y sus maldades, horrible montón, verruga abominable que, por la atracción propia del demonio, se incrustó en él, y recubierta con la vellosa piel del odre, quedó fijada para siempre entre sus hombros. Desde aquel día quedó jorobado Asmodeo.

Al propio tiempo, en el preciso instante que Pecopin se echaba hacia atrás, el invisible gigante había soltado la piedra, que cayó sobre el pie del diablo, y se lo aplastó. Y desde aquel día anda cojo Asmodeo.

El diablo, como Dios, tiene á sus órdenes el trueno; pero es un horrendo trueno inferior que sale de debajo tierra y desarraiga los árboles. Pecopin sintió temblar bajo sus pies la playa y que le envolvía alguna cosa horrible; una negra humareda le cegó, un espantoso ruido le ensordeció; y le pareció que se hallaba tendido y rodaba rápidamente, rozando el suelo, como una hoja muerta impulsada por el viento. Y se desmayó.

VII

PROPOSICIONES AMISTOSAS DE UN VIEJO SABIO RETIRADO EN UNA CABAÑA DE FOLLAJE

Cuando volvió en sí, oyó una dulce voz que le decía: *Phi smâ,* lo que en lenguaje árabe significa: Está en el cielo. Sintió que una mano se posaba en su pecho, y oyó una voz grave y lenta que respondía: *Lô, lô, machi mouth,* lo que quiere decir: No, no, no está muerto. Abrió los ojos, y vió á un anciano y á una niña arrodillados junto á él. El anciano era negro como la noche, llevaba una larga barba blanca trenzada en pequeñas trenzas, á la moda de los antiguos magos, é iba vestido con un sudario de seda verde sin pliegues. La niña era de color de cobre rojo, con grandes ojos de porcelana y labios de coral. Llevaba zarcillos de oro en la nariz y en las orejas. Era encantadora.

Pecopin no estaba ya en la orilla del mar. El soplo del infierno, empujándolo al azar, le había arrojado á un valle lleno de rocas y de árboles de extraña forma. Se levantó. El anciano y la niña le miraban con dulzura. Acercóse á uno de aquellos árboles; las hojas se contrajeron; las ramas se retiraron; las flores, que eran de color blanco pálido, se pusieron encarnadas; y todo el árbol pareció en cierto modo que retrocedía ante él.

Pecopin reconoció el árbol de la vergüenza, y dedujo de ello que había dejado la India y estaba en el famoso país de Pudiferán.

El anciano le hizo una seña. Pecopin le siguió; y pocos momentos después, el anciano, la niña y Peco-

pin estaban sentados sobre una estera en una cabaña hecha de hojas de palmera, cuyo interior, lleno de piedras preciosas de todas clases, chispeaba como una ardiente hoguera.

El anciano se volvió hacia Pecopin y le dijo en alemán:

—Hijo mío, yo soy el hombre que lo sabe todo, el gran lapidario etiópico, el taleb de los árabes. Me llamo Zin Eddin para los hombres y Evilmerodach para los genios. Soy el primer hombre que ha penetrado en este valle, y tú el segundo. He pasado mi vida en robar á la naturaleza la ciencia de las cosas, y en verter á las cosas la ciencia del alma. Gracias á mí, gracias á mis lecciones, gracias á los rayos que hace cien años caen de mis pupilas, en este valle las piedras viven, las plantas piensan y los animales saben. Yo soy el que ha enseñado á las bestias la verdadera medicina, de que carece el hombre. Yo he enseñado al pelícano á sangrarse á sí mismo para curar á sus polluelos picados por las víboras, á la serpiente ciega á comer hinojo para recobrar la vista, al oso atacado de cataratas á irritar á las abejas para hacerse picar los ojos. Yo he procurado á las águilas, que son estrechas, la piedra etites que las hace poner cómodamente. Si el grajo se purga con la hoja de laurel, la tortuga con la cicuta, el ciervo con el díctamo, el lobo con la mandrágora, el jabalí con la hiedra, la tórtola con la hierba parietaria; si los caballos pletóricos de sangre se abren ellos mismos una vena en el muslo trasero; si el estelión en la época de la muda devora su piel para curarse del mal caduco; si la golondrina cura las oftalmías de sus pequeñuelos con la piedra caledonita que va á buscar más allá de los mares; si la comadreja se vale de la ruda cuando quiere vencer á la culebra, es porque yo se lo he enseñado. Hasta aquí sólo he tenido á los animales por discípulos. Yo

esperaba á un hombre. Has venido tú. Sé mi hijo. Yo soy viejo. Te dejaré mi cabaña, mis pedrerías, mi valle y mi ciencia. Te casarás con mi hija, que se llama Aissab, y que es hermosa. Yo te enseñaré á distinguir el rubí sandastro del crisolampo, á poner la madreperla en un tarro de sal y encender el fuego de los rubíes demasiado descoloridos bañándolos en vinagre. Cada día de vinagre les da un año de belleza. Pasaremos tranquilamente nuestra vida recogiendo diamantes y comiendo raíces. Sé mi hijo.

—Gracias, venerable señor, dijo Pecopin, acepto con gozo.

Así que llegó la noche, huyó.

VIII

EL CRISTIANO ERRANTE

Y vagó largo tiempo por el país. Explicar todos los viajes que hizo, sería relatar el mundo. Anduvo descalzo y con sandalias; montó en toda clase de cabalgaduras, en borrico, en caballo, en mulo, en camello, en cebra, en onagro y en elefante. Experimentó todas las navegaciones y todos los buques, los redondos barcos del Océano y los barcos largos del Mediterráneo, *oneraria et remigia*, galera y galeota, fragata y bergantín, falucho, polacra y tartana, barca, barquita y barquichuelo. Se arriesgó en las caracoras de tronco de los indios de Batán y en las chalupas de cuero del Eufrates, de que habla Herodoto. Fué combatido por todos los vientos, por el levante-siroco y por el siroco-mediodía, por la tramontana y por la galerna. Atravesó la Persia, el Pegú, Bramaz, Tagatay, Transiana, Sagistán, el Hasubi. Vió

la Monomotapa, como Vicente el Blanco; Sofala, como Pedro Ordóñez; Ormuz, como el señor de Fines; los salvajes, como Acosta, y los gigantes, como Malherbe de Vitré. Perdió en el desierto cuatro dedos del pie, como Jerónimo Costilla. Se vió rendido diez y siete veces, como Méndez Pinto; fué presidario, como Texeus, y estuvo á punto de ser eunuco, como Parisol. Tuvo el mal de los pyanos, de que mueren los negros; el escorbuto, tan temido por Avicena, y el máreo, al que Cicerón prefirió la muerte. Subió montañas tan altas, que al llegar á la cima vomitaba la sangre, las flemas y la cólera. Abordó la isla que se encuentra á veces cuando no se busca y que no se encuentra nunca buscándola, y averiguó que los habitantes de esa isla son buenos cristianos. En Midelpalia, que se halla al Norte, observó que había un castillo en un lugar donde no los hay; pero los prestigios del septentrión son tan grandes, que no hay que sorprenderse de ello. Permaneció varios meses con el rey de Mogor Ekebas, bien visto y mimado por aquel príncipe, de cuya corte contaba más tarde todo lo que han dicho por escrito los ingleses, los holandeses y hasta los padres jesuítas. Se hizo docto, pues tenía los maestros de toda doctrina, viajes y desdichas. Estudió las faunas y las floras de todos los climas. Observó los vientos por las emigraciones de las aves y las corrientes por las emigraciones de los cefalópodos. Vió pasar, en las regiones submarinas, el *ommastrephes sagittatus*, que se dirigía al polo Norte, y el *ommastrephes giganteus*, que se dirigía al polo Sur. Vió á los hombres y á los monstruos igual que Ulises el griego antiguo. Conoció todas las bestias maravillosas, el rosmaro, la codorniz negra, la solendgusa, los garagios, semejantes á águilas de mar; los rabijuncos de la isla de Comora, los caper-calzes de Escocia, los antenales, que van por manadas; los alcatraces, grandes como

patos; los moraxos, más grandes que los tiburones; los peimones de las islas Maldivas, que se comen á los hombres; el pez manara, que tiene cabeza de buey; el pájaro claky, que nace de ciertas maderas podridas; el pequeño saru, que canta mejor que el papagayo; y, por fin, el boraneto, animal-planta de los países tártaros, que está arraigado en el suelo y se come la hierba que crece á su alrededor. Mató en la cacería un tritón de mar de la especie yapiaria, é inspiró amor á un tritón de río de la especie baepapina. Un día, hallándose en la isla de Manar, que está á doscientas leguas de Goa, fué llamado por algunos pescadores, los cuales le enseñaron cuatro hombres-obispos y nueve sirenas que habían pescado en sus redes. Oyó el ruido nocturno del forjador marino, y comió de las ciento cincuenta y tres clases de peces que hay en el mar, y que se encontraron en las redes de los apóstoles cuando pescaron por orden del Señor. En Escitia, traspasó con sus flechas á un grifo, al que los pueblos arimaspos hacían guerra para tomar el oro que la bestia guardaba. Aquellos pueblos quisieron hacerle rey, pero escapó. En fin, estuvo á punto de naufragar en más de un choque, y especialmente cerca del cabo Gardafú, que los antiguos denominaban *Promontorium aromatorum;* y á través de tantas aventuras, tantos errores, fatigas, proezas, trabajos y miserias, el animoso y fiel caballero Pecopin no tenía más que un propósito, volver á Alemania; que una esperanza, regresar al Falkenburgo; y que una idea, volver á ver á Boldur.

Gracias al talismán de la sultana, que llevaba siempre encima, ya recordaréis que no podía envejecer ni morir.

Empero, iba contando tristemente los años. Al tiempo que lograba llegar al norte del país de Francia, habían pasado cinco años desde que no había

visto á Boldur. Alguna vez pensaba en ello por la noche, después de haber andado desde el alba; sentábase en una piedra al borde del camino, y lloraba.

Mas reanimábase luego y cobraba alientos.—Cinco años, pensaba, sí; mas al fin la veré. Ella tenía quince años, pues bien, ¡tendrá veinte!—Sus vestidos estaban desgarrados, su calzado roto, sus pies ensangrentados; pero había recobrado las fuerzas y la alegría, y poníase en marcha.

De este modo llegó á las montañas de los Vosgos.

IX

DONDE SE VE CON QUÉ PUEDE DIVERTIRSE UN ENANO EN UN BOSQUE

Una noche, después de haber andado todo el día por entre peñascos, buscando un paso para bajar hasta el Rhin, llegó á la entrada de un bosque de abetos, de fresnos y de arces. No vaciló en penetrar en él. Y hacía más de una hora que andaba, cuando de pronto el sendero que seguía se perdió en un claro poblado de acebos, retamas y frambuesos silvestres. Inmediato al claro había un pantano. Abrumado de cansancio, muriéndose de hambre y sed, extenuado, miraba á uno y otro lado, buscando una cabaña, una carbonería ó una hoguera de pastor, cuando de pronto pasó junto á él una manada de ánades agitando las alas y chillando. Pecopin se inmutó al reconocer aquellas extrañas aves, que hacen sus nidos bajo tierra, y los campesinos de los Vosgos denominan patos-conejos. Separó las matas de acebos y vió florecer y retoñar por todas partes en el césped el hinojo marino, la angélica, el eléboro y la gran genciana. Al ba-

jarse para cerciorarse bien, le llamó la atención una concha de molusco que había en el césped, y la recogió. Era uno de esos moluscos de la Voloña que contienen perlas grandes como guisantes. Levantó los ojos; sobre su cabeza se cernía un duque.

Pecopin empezó á inquietarse. Hay que convenir en que tenía motivos para ello. Aquellos acebos y frambuesos, aquellos ánades, aquellas hierbas mágicas, aquel molusco, aquel duque, todo ello era poco tranquilizador. Estaba, pues, muy alarmado, y se preguntaba con angustia en dónde estaba, cuando llegó á su oído un canto lejano. Aguzó el oído. Era una voz ronca, cascada, triste, pesada, sorda y chillona á la vez, y he aquí lo que cantaba:

Engendra mi laguito, en su abrigada sombra,
A la risueña Anfítrite y á Neptuno negral;
Mi humilde estanque nutre, en ignorados montes,
Al imperial Neptuno y á la Anfítrite real.

Soy el enano, abuelo de los gigantes.
Mi gotita produce dos oceanos.

Un río azul para ella, para él un río verde
Vierto desde mi gruta, que nunca vió la luz.
Vierto desde mis rocas, que no rozó ala alguna,
Para él un río verde, para ella un río azul.

Soy el enano, abuelo de los gigantes.
Mi gotita produce dos oceanos.

Una fina esmeralda se esconde entre la arena;
Puro zafiro ocúltase en mi húmedo cofín.
Disuélvese el zafiro, corre y se forma el Ródano;
Se funde la esmeralda y se convierte en Rhin.

Soy el enano, abuelo de los gigantes.
Mi gotita produce dos oceanos.